

Santi Balmes

UN DÍA EN MI CABEZA

Ilustrado
por Rebeka
Elizegi



Canciones para gente **(no)** muy normal

Santi Balmes

UN DÍA EN MI CABEZA

Canciones para gente **(no)** muy normal

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Santi Balmes, 2024

Publicado por acuerdo con Carmona Literary Agency

Collage de la cubierta e interiores © Rebeka Elizegi, 2024
<https://rebekaelizegi.com>

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.facebook.com/lunweg

www.twitter.com/Lunweglibros

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-19875-44-0

Depósito legal: B. 1.161-2024

Imprime: Liberdúplex

Impreso en España – Printed in Spain



ÍNDICE.

AVISO A LECTORES-NAVEGANTES. *(instrucciones de uso)* * 8

PREÁMBULO. * 13

1. Canciones para levantarte de buen humor · 15
2. Canciones de ducha · 31
3. Canciones para pensar en tus paranoias en el fisioterapeuta · 39
4. Canciones de carretera · 57

INTERMEDIO. * 70

Canciones gloriosas, mitologías y noticias estúpidas mientras ando por la calle

5. Canciones en catalán · 87
6. Canciones de celos y despecho · 101

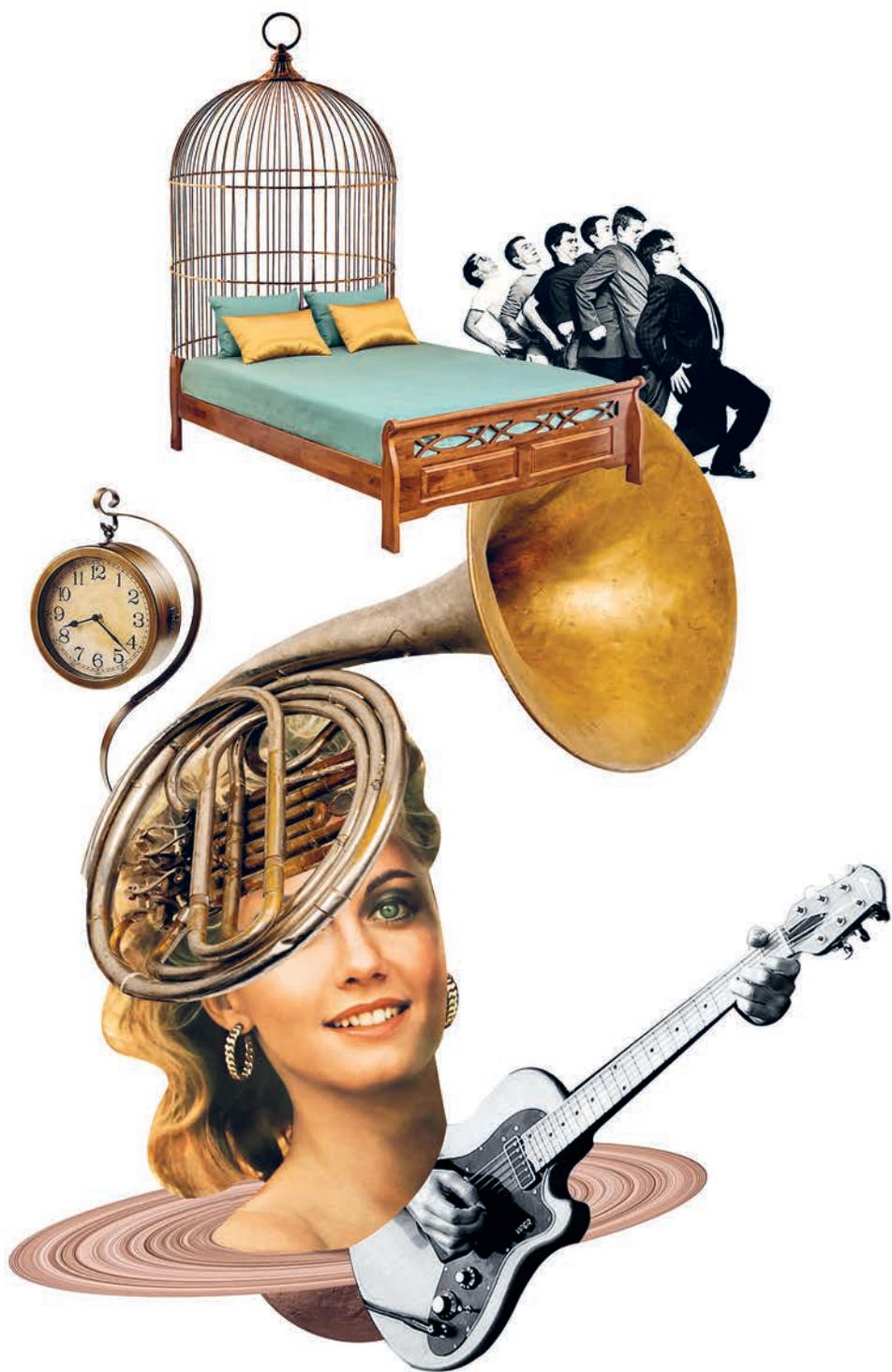
INTERMEDIO. * 110

Canciones que aparecen en mi mente

7. Canciones para desconectar de una reunión por Zoom · 127
8. Canciones para que te pasee el perro · 135
9. Canciones que molan aún más cuando vas puesto de algo · 149
10. Canciones para escribir lo primero que te salga de la cabeza · 159
11. Canciones para sacatrá · 167
12. Canciones para irte a dormir · 179

EPÍLOGO. * 189

ÍNDICE ONOMÁSTICO. * 190



1. CANCIONES PARA LEVANTARTE DE BUEN HUMOR

AUN SABIENDO QUE EL RESTO DEL DÍA EL RESTO DEL MUNDO YA SE ENCARGARÁ DE QUE SEA CUESTA ABAJO

8 de la mañana //

Que la mañana empiece ni más ni menos que con una llamada de Albert Pla es una señal inequívoca de que el día va a ser, como poco, surrealista. Al otro lado de la línea detecto en su voz un halo de preocupación. Me dice lo siguiente. «No he pegado ojo en toda la noche. Creo que ayer ofendí a tu hija Irene». Segundos de silencio intentando asimilar la frase del genio de Sabadell, seguidas de un «¿Que tú quéééé?». Luego, y mientras me explica la movida de marras, por unos segundos sospecho que en realidad no es Albert Pla, sino un imitador, y que ahora mismo estoy siendo víctima de alguna broma radiofónica. Acto seguido empiezo a entenderlo todo.

Albert y mi hija han rodado una serie juntos llamada *La Mesías*. Ahora mismo se está emitiendo. Pues bien, resulta que, junto a Biel Rossell —Biel hace de hermano de mi hija—, tienen un grupo de WhatsApp donde comentan cada capítulo que se emite. Las bromas son continuas. Albert le dice a Irene «en este capítulo has estado fatal» a lo que Irene responde que va a montar un grupo de haters de Albert Pla. Ayer emitieron el capítulo 4, donde podría decirse que mi hija es bastante protagonista. La cuestión es que Albert le dijo algo así como que, si bien en capítulos anteriores había estado horrible, en el capítulo cuarto, con esos primeros planos, había demostrado que era una actriz nefasta. Todo muy jur, jur, jar, jar. El caso es que mi hija, que esta noche ha dormido en Madrid en casa de su amiga Marta, le envió un audio al bueno de Albert soltándole algo así como que estaba totalmente hundida por sus comentarios, y que se había pasado de castaño oscuro, hasta el punto de que, tras hablar con nosotros, había considerado el hecho de denunciarle. *Whaaat?*

Le digo a Albert que seguro que era una broma. Mientras me pongo los calzoncillos, le aseguro que mi hija siempre habla de él en tér-

minos de sumísima admiración y que cada día, al volver del rodaje, me soltaba que se reía muchísimo con él —bien mirado, que Irene me haya tenido a mí como padre biológico y a Albert Pla como padre en la ficción solo puede fortalecerla— pero detecto que él necesita confirmarlo al cien por cien hablándolo con ella.

Llamo a Irene. Está en el AVE. Le digo —no sin pocos problemas de conexión— que llame inmediatamente a Albert Pla y que le diga que solo ha sido una puta broma de adolescente. Media hora después Albert y yo estamos riéndonos del malentendido. Me comenta que en sus cincuenta y siete años de vida es la primera vez que le trolean y le consuelo diciéndole que yo llevo diecisiete sufriendo este tipo de atentados por parte de mis hijas. Mi familia es muy intensa y dada a la provocación. Como el día en el que mi amado Dani, el teclista de Love of Lesbian, llega a casa y le pregunta a Laura, mi hija mayor que cómo estaba. ¿Que cómo estoy?, le contesta. Pues tengo dieciocho años, estoy salidísima. De verdad, yo no sabía dónde meterme. Le dije a Dani que era una provocadora, y él me contestó: A ver, Santi, no sé yo, pero no sé de qué te extrañas. Después de eso todo fue a peor. Laura soltó algo en referencia a los feos, así que le dije a mi hija, delante de Dani, que jamás volviera a juzgar a las personas por su apariencia, y añadí —con toda mi mala intención posible por empeorarlo— que un feo podría tener pasta. En aquellos momentos Dani estaba a cuadros, aunque sabía que todo era puro teatro y que nos habíamos venido arriba, padre e hija, al tenerle como público.

El problema surge, creo yo, en el momento en el que mis hijas piensen que el resto del mundo compartirá ese humor tan brutal. Espero, por su bien, que aprendan con quién sí y con quién no, como lo hizo su padre a base de ensayo-error, aunque, bien mirado, me contuve ciertamente tarde. Hace tan solo diez años pedí perdón al público por mi leve afonía argumentando que tenía atrancado en las cuerdas vocales un pelo de coño. La reacción del público fue de estupor absoluto. No contento con ello, creo recordar que le solté lo mismo, en un estudio de grabación, al mismísimo Joan Manuel Serrat. ¿Quién soy yo entonces para quejarme? Siembra vientos y recoge tempestades.

En fin. Ahora mismo suena *Sunday Morning*, de la Velvet Underground, aunque en realidad sea lunes. Que dicha canción sea la primera de mi playlist mañanera no es baladí. *Sunday Morning* es el puente per-

fecto para salir del líquido amniótico del sueño y enfrentarse al frío aire matutino, y hablo de frío como una sensación anímica que noto cada mañana aunque sea agosto. Parece que estoy sufriendo el síndrome de la cama caliente: dicen que a medida que envejeces, aunque hayas sido un noctámbulo recalcitrante, tus biorritmos cambian para sincronizarse con el ciclo solar. ¡Pues yo no encuentro manera de pillarle el gustillo a levantarse pronto! Al menos he dormido bien, y lo atribuyo a mi agnosticismo impenitente.

Según un estudio, los agnósticos y ateos duermen mejor que los creyentes. El 73 % de ellos logra más de siete horas de sueño, mientras que solo el 63 % de los católicos y el 55 % de los bautistas llegan a tanto. ¿Tal vez los no creyentes tienen menos culpas que callar antes de dormir? Bien podría ser, si te vas a dormir con imágenes de Satán señalando una caldera de agua hirviendo y soltándole al creyente «tienes una suite reservada para ti, que sé con lo que te excitas, feligrés». Debe de ser un auténtico coñazo tener integrada la idea de un dios omnisciente y omnipresente sentado a tu lado todo el rato conociendo todas tus averías.

Lo dicho. No he logrado transformar mis biorritmos hacia la matutinidad. Debo de ir unos diez años por detrás de mi edad cronológica —quizá veinte—, aunque ese detalle me va bien para estos primeros días en los que estoy tomando contacto con el gimnasio. En realidad, soy viejo, pero como no he hecho deporte, no me he desgastado. Por decirlo de otra manera, soy como un viejo coche nuevo.

Mi conflictiva historia con las mañanas viene de lejos. Lloraba como un desgraciado cuando me levantaban para ir a la guardería, me quejaba en silencio cuando tenía que ir al colegio, me resigné en mi bachillerato y épocas universitarias, y a duras penas era capaz de llegar puntual en mis primeros trabajos, considerando, de una forma un tanto vanidosa, que mi carismática presencia en dichos empleos bien valía un margen de diez minutos de cortesía. Por cierto, Santi Balmes, no ibas tan equivocado en esas épocas de tu vida, ya que se calcula que los trabajadores que emplean más de una hora en llegar desde sus casas a su oficina deberían cobrar un 40 % más que los que llegan andando. Encima, ese tipo de biorritmos se heredan. Laura, mi hija mayor, me dijo un día con cuatro años: «Papá, ayer me porté fatal en el cole. No merezco volver».

Las ideas que me cruzan la cabeza cuando aún ando en un estadio semionírico pasan, en primer lugar, por recordar el extraño ánimo que me provoca irme a dormir después de tragarme un par de capítulos de *A dos metros bajo tierra*. Esa manera de empezar todos los capítulos, siempre con una muerte inesperada, no ha hecho otra cosa que obligarme a pensar, cada maldita mañana, que este nuevo día bien podría ser el último. Nadie, exceptuando un moribundo —y me atrevería a decir que ni siquiera un moribundo—, abre los ojos intuyendo que ese día va a palmar. Como es normal y sano, nuestro software mental obvia esa posibilidad. Sin embargo, los días en los que uno se levanta con plena conciencia de que podría ser así —que te puedes resbalar o el corazón igual dice «hasta aquí hemos llegado»—, esos días en los que uno es del todo consciente de su caducidad, provocan indefectiblemente un nuevo planteamiento de lo que queda del día.

Eso pasa por soportar las mínimas gilipolleces posibles, intentar echar un último polvo, componer una última canción o, en un plano mucho menos ambicioso pero no por ello menos valioso, disfrutar respirando. De repente, un pensamiento atroz —quizá el más bestia que mi cerebro ha parido jamás— me susurra «todo da exactamente igual». Nada ha existido. Tú, ellos, nosotros, tu cafetera, Ganímedes. Nada. Jamás ha existido Napoleón, ni esa campesina de la Edad Media. Ese Santi Balmes que ahora mismo gira su cuerpo buscando más placer en su particular Kamasutra del sueño no es más que un leve destello de electricidad fugaz, y en realidad, no ha existido jamás. Existimos y a la vez no hemos existido. Porque todo está destinado a perecer, y si no va a quedar absolutamente nada que documente la existencia, es decir, si nada va a ser recordado, entonces ha sido y a la vez no ha sido. Bien mirado, bajo esa premisa, podría levantarme, tomarme un café y asesinar a todo mi vecindario a golpes de sartén. Supongo que algún psicópata habrá llegado a esa conclusión antes de empezar a liarse a tiros. Nadie me va a juzgar, todo es mentira. Y encima, por si no bastara, empiezan a aflorar algunos intelectuales, filósofos, matemáticos, planteando que nuestra vida podría ser una simulación. Es decir, el niño que se muere de hambre en Gaza, el presidente de la República Francesa, la vaca que pasta y la avispa asiática que decapita abejas son meras piezas de un programa informático gigantesco ejecutado por una inteligencia superior.

Hostia puta. Como esto no remonte, como no invierta el mood, preveo un día existencialista por delante.

Cambio de tercio. Ahora intento recuperar partes del sueño que he tenido y que probablemente ha durado milésimas de segundo. Recuerdo viajar en coche y perderme en carreteras repletas de curvas. Al abrir los ojos, me ha venido a la cabeza un dato que leí hace poco: en el Pacífico existe una isla, dentro de esa isla hay un lago y dentro de ese lago hay otra isla. Menuda maravilla fractal.

Cuando tengo que salir de la cama me lo planteo to-do, y me solidarizo con ese hombre de la India de veintisiete años que recientemente denunció a sus padres por llevarlo a la vida sin su consentimiento. Los acusa, el gachón, de tener que enfrentarse al sufrimiento de la existencia. Quizá la madre naturaleza fabrica a personas por encima de sus posibilidades, pero aún en la duermevela —con los ojos entornados y oteando el abismo del sueño por la derecha y el vértigo de la vigilia por la izquierda, sin ser capaz de decidirme hacia dónde dar el salto— pienso que la madre de ese impresentable debería contraatacar con otra denuncia y reclamarle al joven indio-emo una cantidad simbólica correspondiente a los nueve meses que aquel tipo usó su vientre como fábrica de ese futuro depresivo traicionero.

Mi despertar es terrible, como un vampiro al que desentierran en su sueño profundo. En mi caso lo tengo monitorizado: alcanzo el más profundo de los sueños ¡a las 7.30 de la mañana! ¿Seré vampiro? En la década de 1990, el arqueólogo Hector Williams y sus colegas de la Universidad de la Columbia Británica descubrieron un esqueleto adulto masculino cuyo cuerpo había sido clavado con estacas a la tierra en un cementerio del siglo XIX en la isla griega de Lesbos. Quien enterró al hombre había puesto varios clavos de hierro de 20 centímetros de largo en su cuello, su pelvis y sus tobillos. Es evidente que alguien no quería que el tipo escapase de su tumba.

Volviendo a mi persona, el hecho de llegar tarde —cosa que ahora mismo no soporto— lo consideraba también como una manera inconsciente e insolidaria de llamar la atención, el germen de una diva. Desde pequeño me había jurado y perjurado que de mayor me dedicaría a alguna profesión que me permitiera levantarme a una hora decente. Si me dieran a elegir una hora para sacar el culo de la cama el resto de mi

vida, creo que las 10.30 de la mañana me haría firmar un contrato de compromiso horario, teniendo en cuenta que mis biorritmos me llevarán, sin remedio, a acostarme a las dos de la mañana en líneas generales, no importa la hora en la que me haya levantado. Si duermo menos de ocho horas soy una hez. A veces si he dormido poquísimo, he llegado a creer que padezco del síndrome de Cotard, también conocido como delirio de negación, un trastorno mental raro en el que la persona afectada cree que está muerta, en proceso de morir o que ha perdido sus órganos internos o extremidades. Las personas que experimentan este síndrome pueden negar la existencia de su cuerpo o notarlo en un estado de putrefacción, y no es porque no se hayan duchado.

Aun así, las cosas me habrían ido mejor en la vida si hubiese tenido como despertador *Grease*, cantada con Frankie Valli. Cuando con seis años vi la película por primera vez, me di cuenta de que el arranque de la sección de vientos y el *groove* del tema en general no solamente me avisaban de que la historia iba a ser interesante, sino que noté que la adrenalina me subía a límites poco recomendables para estar sentado en la butaca de un cine. Posteriormente, con siete años, tuve la oportunidad de debatir dicho inicio con Randal Kleiser, el director, y estuvo del todo de acuerdo con mis conclusiones: *Grease* podría ser la banda sonora de una erección matutina, del nacimiento, del primer pedaleo en bicicleta. Animado por la sonrisa de Orson Welles a mi derecha, me vine arriba hasta asegurar que el inicio de la existencia de todo ser humano debería ser *Grease*. En definitiva, la primera canción de *Grease* es musicoterapia por excelencia. Orson me dijo: Nunca crezcas, chaval, no te hace falta. Le contesté al bueno de Orson que intentaría madurar lo más tarde posible, ya que, a fin de cuentas, después de la maduración lo que viene es la podredumbre.

Me atrevo a salir de la cama para ir al lavabo. Me encantaría salir del lecho como una pulga. ¿Por qué? La velocidad de una pulga cuando despega es veinte veces superior a un cohete espacial, aunque, claro, si emergiera de las sábanas con semejante impulso, acabaría con el cráneo incrustado en el techo, imagen que despierta en mí una sonrisa maliciosa, consistente en la policía forense entrando en mi casa y viendo mi cadáver colgando como una lámpara.

Voy al lavabo y hago un pis como si no hubiera un mañana, aunque nunca superaré a la persona que ostenta el récord mundial del pipí más

largo de la historia, ocho minutos y medio sin parar de orinar. También frente al inodoro, me viene a la cabeza aquel infausto día, con cinco años, que me pillé el glande con la cremallera —dolor sumo— y lo recuerdo ahora mismo porque según un estudio, entre 2002 y 2012 se registraron más de ¡17.000! visitas de hombres a salas de emergencia en los Estados Unidos debido a lesiones en los genitales causadas por cremalleras de pantalones. Poca broma.

Desayuno un trago de yogur líquido sabor piña y coco, junto a una roja, jugosa y succulenta manzana. Me hago un café mientras recuerdo que el año del Señor 1746 un rey sueco intentó demostrar que dicha bebida era nociva de la hostia y lo hizo de la siguiente manera: cogió a un par de gemelos, a uno le obligó tomar café durante el resto de su vida en cantidades ingentes, y al otro igual pero con té. El resultado fue que los dos gemelos sobrevivieron tanto al rey como al resto de doctores que controlaban el experimento. Que le jodan.

Para mi desgracia y continuado castigo hacia mi autoestima, me enciendo un cigarrillo con los últimos sorbos del expreso, a sabiendas de que en breve empezaré a tomarme esa pastilla que consigue el milagro de dejar de fumar. Para el caso, hace dos semanas que acudo a diario al gimnasio municipal. David, mi entrenador, marido de Ana, peluquera de toda la vida y a la que siempre tengo que obligar a que me cobre —«Ya me lo darás, tranquilo»—, me machaca un día tras otro con elípticas y aparatos más propios de la Inquisición. Pero como pasa a todos los que tenemos tendencia a ser adictos, me cercioro de una verdad que en otras épocas de mi vida no hubiera creído. El deporte engancha, y si no fuera porque hoy tengo la espalda peor que la columna de un playmobil, me estaría preparando para machacarme vivo. ¡Quién te ha visto y quién te ve, Santi Balmes!

Primer incendio que apagar. Leo el wasap de mi gestor: tengo cuarenta y ocho horas para enviarle todas las facturas del trimestre. Como he aprendido que estas ingratas mierdas burocráticas es mejor quitárselas de encima cuanto antes, me conjuro para recopilar toda la información antes de que acabe el día. Luego, cuando me diga lo que tengo que pagar, ya me consolaré pensando en camas de hospital para gente muy jodida.

Vuelvo a mis pensamientos. Ay, el fumar. Se consume anualmente en el mundo un fáustico número de ¡seis trillones de cigarrillos! de los

cuales, la inmensa mayoría terminan arrojados y desamparados en calles, parques, ríos, bosques, praderas o en las aguas del mar. Las colillas, en realidad, asumen el rol de la primera fuente de basura a nivel mundial, sobrepasando en peso y cantidad a las bolsas de plástico, envases de alimentos y botellas, en un escandaloso 30 % del total de desperdicios. Cuatro trillones y medio de pitillos se arrojan sin más cada año al vertedero de nuestra propia imprudencia y falta de responsabilidad ecológica. Por la parte que me toca, intento escapar de la culpa recordándome a mí mismo que en unos días tengo hora con la Seguridad Social para seguir una terapia para abandonar el vicio, y espero que la solución sea más amable que la que perpetró consigo mismo Ibrahim Yucel. Tenía cuarenta y dos años y un vicio que lo carcomía desde dentro. Aquel buen señor se había prometido dejar de fumar, pero sus buenas intenciones siempre se iban por el retrete en cuanto ponía un pie fuera de su casa. Hasta que un día se le ocurrió una solución radical: una jaula facial. El hombre se enfundaba cada mañana una jaula en la cabeza, cerrada con llave, que su mujer se guardaba como en un búnker. Era la única forma de impedir que él mismo se engañara y se encendiera un pitillo. ¿Locura? Tal vez. ¿Efectivo? Ignoro el resultado. Dicen que las medidas extremas son las únicas que funcionan. Visualizo a Ibrahim, cada día, por la calle, con su ridícula jaula en la cabeza. La gente lo mira de reojo, lo señala con el dedo, murmura a sus espaldas. Pero él no se inmuta. Sabe que es el precio que debe pagar por recuperar su salud y su libertad. También le imaginé sacando la lengua de la jaula para practicarle sexo oral a su mujer. Solamente la puntita de la lengua, y con no pocos esfuerzos. Efectuando un sonido tal que «blee, bliiiii, ñeeee».

La playlist mañanera me regala ahora *Our House*, de Madness. Me viene entonces a la cabeza una maravillosa anécdota en referencia a la legendaria banda de ska. En 1992, Madness ofreció un concierto en el estadio de Wembley. Allí, ante una multitud que superaba las setenta mil almas, la música y la efervescencia de los presentes generaron ondas sonoras tan intensas que los sismógrafos de la urbe las detectaron. El clímax de dicha actividad sísmica tuvo lugar en el preciso momento en que la banda interpretaba su conocido tema *One Step Beyond*. El temblor fue resultado de la pasión y el entusiasmo que imperaban entre el público; en definitiva, a tanta gente botando, como aquella frase dicha hasta la sa-

ciudad, consistente en que si todos los chinos saltaran a la vez, el impacto sería suficiente para mover la Tierra fuera de su eje o causar algún tipo de catástrofe global. Aunque esto parece muy improbable, la teoría ha sido objeto de muchas discusiones y debates a lo largo de los años, e incluso se ha llevado a cabo un experimento para intentar probarla. De hecho, en 2001, un estudiante de secundaria en los Estados Unidos convocó a través de internet a todos los chinos del mundo a que saltaran al mismo tiempo para ver si se producía algún efecto en el planeta. La convocatoria no tuvo mucho éxito, como cabía esperar, ya que los chinos no están para saltar al capricho de un niño rata yanqui.

Empiezo a notar movimientos en mi intestino. Siempre he pensado que tengo que hacer un dúo humorístico-musical llamado Café y Cigarro. Obviamente, el disco de debut se llamaría «Muñeco de barro», y sería el último clavo de mi ataúd en referencia a la fama de chalado que me he ganado. Dios mío, Santi Balmes, qué ido estás. Me río cuando tanta gente piensa que el autor de *El poeta Halley* va por la vida en formato verso, igual que me enoja si hay gente que piensa que mi estado normal es el de *Marlene, la vecina del Ártico*. Ni uno ni otro, ni tanto ni tan calvo. Hay días en mi vida increíblemente fructíferos, y otros en los que solo puedo decir que me encanta el café.

Por cierto, ¿quieres limpiar tu hígado y desintoxicar tu cuerpo? ¡Prueba el enema de café! Este método alternativo consiste en meterte café por el trasero para estimular tu hígado y eliminar tóxicos de forma más rápida. Solo necesitas hervir tres cucharadas de café en un litro de agua, hacer una infusión, dejar que se enfríe y luego introducirlo en el colon con un irrigador. Los médicos alternativos dicen que esto cura todo, desde el alcoholismo hasta la lengua sucia. Así que adelante, toma tu taza de café allí por donde amargan los pepinillos y siente la diferencia.

Con respecto al noble arte del vaciado, no puedo quitarme de la cabeza algo que leí hace unos días: en Corea del Sur existe un museo dedicado a la caca. Poopoo Land. También recuerdo una expresión alemana que se refiere a la necesidad de defecar exclusivamente en el hogar: se llama *Heimat-Can*, y *Heimscheißer* es aquel tipo que solo se siente capaz de cagar con tranquilidad en el inodoro de su casa. España, llena de bares por doquier, es quizá el indicativo de que un español defeca donde y cuando quiere. En realidad, para unos cuantos españoles el bar es más

su hogar que su propia casa, y para el resto, no tienen tantos miramientos que los teutones, tan celosos de su privacidad.

¡Espera! Ahora que lo pienso, conozco a unos cuantos de mi entorno que bien podrían ser calificados como *Heimscheißers*. Dicha manía puede ser un inconveniente, pero sin duda sería mucho peor que a alguien le sucediera lo que a un tipo llamado «hombre globo» o «bolsa de viento»: el tipo nació sin problema alguno, pero según crecía su abdomen se fue agrandando y tenía problemas de intestino y estreñimiento. Con los años, su dificultad para soltar lastre, resolver sus asuntos internos, enviar un fax, vaciar la papelera de reciclaje, poner un huevo, tener a Jordan colgando del aro, desechar una hipótesis o liberar su producto interior bruto se hizo más y más grande, así como su vientre. Los médicos sabían que no era un tumor, sino un colon jodido, pero la cirugía era peligrosa. Terminó muriendo a los veintinueve años, como no podía ser de otra manera. Intentando cagar, por cierto.

Damos por sentadas muchísimas cosas en esta vida. Tenemos la absurda tendencia de pensar que cosas como el papel higiénico siempre han existido, y nada más lejos de la realidad. Antes de la invención del papel higiénico, la gente tenía que ser un poco más creativa a la hora de mantenerse limpios después de ir al baño. Algunos pueblos antiguos utilizaban piedras, musgo o incluso conchas de mar para limpiarse después de ir de vientre. No obstante, la higiene personal no era una prioridad para todos, que se diga. Muchas personas simplemente se limpiaban con sus propias manos y luego se las limpiaban con cualquier cosa. ¿Somos capaces, no sé, de imaginar al mismísimo Abraham, el del Antiguo Testamento, guiando a su tribu con la mano sucia? La respuesta es un no rotundo. ¿Pudo suceder? Bueno, creo que la cuestión en verdad importante es si existió o no Abraham. Sin ir más lejos... ¿Existió Jesucristo? Se han escrito libros que lo ponen en duda. Madre mía. Si fuera cierto que jamás existió, vaya jarro de agua fría para centenares de millones de muertos, quizá miles de millones en toda la historia de la humanidad, que dieron la vida por Él.

Como monarca absoluto de los conceptos desagradables, no puedo dejar de mencionarme a mí mismo el término americano acuñado en los Estados Unidos: «el beso de Poseidón». Se refiere a cuando nos salpicamos los glúteos con el agua de la cisterna al defecar. También me viene

a la cabeza el bueno de Salvador Dalí, haciendo gala de su catalanidad, y consecuente obsesión con la escatología, cuando narraba cada día la forma y textura de lo que había expulsado por el culo, y acto seguido recuerdo una vez que le dije a uno de mis compañeros, en un ataque de vanidad, que servidor no defecaba, sino que eliminaba imperfecciones.

También me viene a la memoria una ráfaga de recuerdos extraños: cuando, con trece años, quería quitarme de encima una carga de enamoramiento excesiva, intentaba visualizar a mi amor platónico cagando. Si estaba enamorado hasta las trancas, dicha imagen me resultaba imposible. Luego reflexiono que, ya que me ha tocado pasar media vida de gira, comiendo en centenares de restaurantes y viajando a horas intempestivas, si Dios me hubiera maldecido convirtiéndome en un *Heimscheißer*, algún día me habría pasado lo mismo que los mentideros de internet van diciendo sobre Colin O'Brady, la primera persona que cruzó la Antártida, de quien dicen que se cagó en los pantalones el primer día de la expedición, así que tuvo que proseguir durante casi dos meses más con aquel peso a cuestas —imagino que en forma de granizado—, cosa que el bueno de Colin se ha encargado de desmentir por activa y por pasiva.

Finaliza *Our House* y mi momento escatológico. Mi playlist mañanera me regala los oídos con *Babies* de Pulp, inspirada en una historia real de Jarvis Cocker, quien se enamoró en la escuela secundaria de una chica llamada Deborah, pero nunca se atrevió a confesarle sus sentimientos. Años después se enteró de que Deborah había tenido un bebé con otro compañero de clase, lo que lo llevó a reflexionar sobre lo que pudo haber sido.

Me lavo los dientes siguiendo mi ritual, consistente en bailar como un anormal delante del espejo los yeah, yeahs de la canción mientras recuerdo la vez que nos encontramos a Jarvis Cocker en un tren París-Barcelona. Vaya usted a saber por qué nos dio la vena de volver en tren después de nuestro concierto en la capital gala, pero lo cierto es que el destino nos llevó a compartir el mismo vagón y fila de asientos con el bueno de Cocker. Al principio no me di cuenta, pero Julián se acercó a mi oído y me dijo *Has vist a qui tens al costat?* Me giré hacia la izquierda y me atraganté con mi propia saliva. Al cabo de un rato diseñé un plan para abordarlo. En realidad, lo tenía relativamente fácil. Ambos compartimos la misma agente literaria, Mónica Carmona, así que la usé como cebo.

«*The two of us share the same literary agent*», le dije con mi acento de Sant Vicenç dels Horts, pero la frase hizo su efecto y pude compartir unas charlas con mi ídolo durante aquel viaje inolvidable. Viajar en tren tiene estas ventajas. La velocidad está al límite de lo comprensible por un cuerpo humano, vas sobre tierra, ves el territorio desfilarse delante tuyo, y si tienes la suerte de no soltarle ninguna estupidez a tu ídolo referente a los mundos del inodoro, en definitiva, de no descarrilar, el viaje se convierte en legendario. Jarvis, ataviado como desde hace años con su *outfit* de profesor de filosofía, fue extremadamente amable. De hecho, a la llegada a Barcelona salió antes que nosotros y me quedé planchado al pensar que no me había podido despedir de él, pero cuál no sería mi sorpresa al bajar del tren ¡y ver que nos esperaba para despedirnos en condiciones! La vida me ha dado momentos maravillosos, y ha constatado algo que se ha convertido en una ley casi inmutable e indiscutible: cuanto más talento, más humildad, y también al contrario.

Me desnudo y compruebo el estado de mi par de cicatrices en la ingle tras la operación de hernias inguinales: ellas solitas han creado el dibujo de un dos cejas enfadadas. Me viene a la cabeza el día en el que me operé. Ya en la camilla, mientras un huevo de gente a mi alrededor ultimaba los detalles, una enfermera me bajó los calzoncillos y dijo «Deberías haberte rasurado. Maldita sea, los médicos nunca se lo dicen a nadie, siempre se escaquean». Acto seguido agarró la moto de un manotazo y me depiló sin ningún tipo de miramiento. Intenté llevármela a mi terreno, diciéndole que aprovechara para hacerme un rasurado brasileño, pero me di cuenta de que a las ocho de la mañana nadie puede hacer reír a una enfermera no vocacional. «Sí, claro, y te compro un tanga», me dijo o algo así. A continuación, más amable, me hizo inhalar unos vapores maravillosos y ya solo puedo recordar un «buen viaje» antes de caer en brazos de Morfeo. Me fui a los mundos de la dulce oscuridad, como si escuchara *Aviation*, de The Last Shadow Puppets, el grupo paralelo que tiene Alex Turner, de los Arctic Monkeys, con Miles Kane. Queda mal decirlo, pero me gustan más cuando colaboran juntos que con sus proyectos nave-nodriza.

Otro tema sencillamente perfecto, ideal para quitarme la ropa delante del espejo y seguir bailando, es *Kinky Afro*, de The Happy Mondays. Improvisos movimientos estúpidos y de pronto recuerdo una cu-

riosa teoría que leí no hace mucho: la pose de superhéroe te hace sentir poderoso. ¿Me estás vacilando, Santi Balmes? No. Hay estudios para todo en la vida, y por lo visto, un par de ellos lo corroboran. Los investigadores Dana Carney, Amy Cuddy y Andy Yap encontraron que asumir posturas abiertas de poder, como la de superhéroe, aumenta los niveles de testosterona y te hace sentir y actuar de manera más poderosa. En otras palabras, ponte en posición de superhéroe y te sentirás como tal, y dicho pensamiento me viene al pelo para enlazarlo con la siguiente canción, *We Got the Power* de Gorillaz, momento en el que pienso en el enorme poder de la música para elevarte el ánimo, igual que, como efecto compensatorio existencial, la gente tiene el poder de joderte el día con sus gilipolleces de malfollado.

Son las 8.30 de la mañana, por ahora no ha sucedido, sigo sin palmarla, pero en menos de un par de horas algún funcionario idiota, vecino estúpido o acosador cibernauta habrán logrado el milagro de convertir mi sangre en ácido sulfúrico. Porque, como dice el bueno de Damon Albarn, *we got the power to do it*, ciertamente. Ya en bolas, me pregunto ¿qué mejor que prepararme para la ducha que un tema con una progresión espectacular, como *Another Man's Woman*? Como fan irredento de Supertramp —me acompañan desde pequeño—, este tema me enloquece, y no porque sea de sus mejores logros, sino por la parte final, cuando, sencillamente, el piano de Rick Davies y la guitarra de Roger Hodgson se turnan, complementan y copulan hasta el delirio, y es que Mozart tenía razón: «Las notas musicales no tienen ningún valor en sí mismas, solo adquieren valor por las relaciones que existen entre ellas», y el final de esa canción, esa orgía musical que sirvió como cabecera del programa *Informe Semanal* durante unos años da fe de las palabras del genio austriaco.

Pensando en la maravillosa teoría de las posturas de superhéroe, mi mente enlaza esa idea con otra, por lo visto, idónea para hackear tu mente para bien: resulta que hablar de uno mismo en tercera persona puede ayudar a ser más humilde, tener una perspectiva más amplia de las cosas y ser más comprometido con los demás. Por lo visto, este método retórico utilizado por grandes figuras de la historia, como Julio César o Coleridge, permite abstraerse de la subjetividad y analizar los hechos de manera más objetiva. Incluso puede mejorar temporalmente la toma

de decisiones. Veamos. «Santi Balmes es un genio». No. Para adquirir humildad no funciona.

Por cierto, encontré una aplicación donde uno podía escribir un texto y te recitaba tus palabras con voces de cantantes famosos. Lo primero que hice fue buscar a David Bowie, quien, *post mortem* y con gorgoritos al estilo de discos como «Hunky Dory», berreó: «*Santi Balmes is a fucking geniouuuuus*». Me lo puse treinta veces mientras me partía la caja de lo idiota que puedo llegar a ser. No. Ese rollo de la tercera persona no funciona conmigo, pero en cuestión de chupar energías melódicas soy un especialista. *Rock de Casbah*, de The Clash, es un ejemplo claro, y me corrobora en la creencia de que la música sabe transmitir una idea aunque no entiendas un carajo la letra, porque, precisamente, el tema habla de un disc jockey que, en medio del desierto, intenta animar a las tribus locales a través de la música rock.

Sí. Realmente podemos modificar nuestro cerebro a través de decenas de trucos. La música es el monarca de todos ellos, su magia transformadora es inexplicable e invencible, aunque en los últimos tiempos me llama la atención otro tipo de estudios, como el que asegura que al sonreír se liberan endorfinas, que son la droga feliz de tu cuerpo. Así que, aunque te sientas hecho mierda, si pones cara de idiota risueño, tu cerebro se creará que estás gozando la vida y te dará un subidón de alegría. Es como engañarte a ti mismo, pero de manera legal. Como dicen los yanquis: *Fake it 'til you make it*, es decir: «Finge hasta que lo consigas».

Observo el cristal del lavabo, empañado por asteroides de dentífrico. Me viene a la cabeza la existencia de una mujer llamada Claire, que ha creado una empresa de limpieza de casas en pelota picada. Uno llama a dicha empresa y te limpia la casa por setecientos dólares al día. El artículo que leí aseguraba que su marido ya no se ponía celoso porque la chica solo limpiaba y no se dejaba tocar ni hacía nada que fuera más allá de lo aceptable. Voy a visitar su página. Vaya, ya no existe. Imagino que no era para nada la mejor de las ideas, tanto por el precio como por el riesgo de ir limpiando una casa completamente desnuda delante de un solterón. Un hombre es demasiado obtuso como para aceptar un trato de setecientos dólares que no incluya nada más que mirar. En pocos problemas se metería la pobre chica. Recordatorio: debo pillar el limpiacristales.

Una vez vestido, miro los mensajes de móvil mientras escucho otra canción con un subidón espectacular. *Instant Street* de dEUS. A mitad de la canción llaman a la puerta. Es un chico de Correos y estoy en bolas. Creo que viene con un libro. Me da tentaciones de hacer un *irusu* (居留守), es decir, fingir que no estoy en casa, y que si suena dEUS a niveles estratosféricos es porque se me ha olvidado apagar la música antes de largarme. El *irusu* esta práctica es común en Japón, donde a menudo se espera que las personas estén disponibles para atender a los visitantes, incluso si no se les ha invitado. Sí, me marco un *irusu*, porque otro libro es lo que me faltaba. Es triste reconocerlo, pero tengo acumulados más de dos docenas de libros por leer, y no es una sensación para nada agradable. Esa acumulación también tiene una palabra japonesa que la define: *tsundoku*. La sobreproducción de todo tipo de productos, incluidos los culturales, origina ese extraño almacén de cosas pendientes. Y, por si no bastase, la pereza es contagiosa.

Lo ha descubierto otro estudio.

Ahora sí. Me voy a la ducha.



PLAYLIST

Sunday Morning, Velvet Underground

Grease, Frankie Valli

Our House, Madness

Babies, Pulp

Aviation, The Last Shadow Puppets

Kinky Afro, The Happy Mondays

We Got the Power, Gorillaz

Another Man's Woman, Supertramp

Rock de Casbah, The Clash

Instant Street, dEUS



